

distinto género: de un *Ficus* colosal que crecía en el centro de la plaza colgaba un hombre atado por las manos á una rama del árbol; un grupo de mujeres le rodeaba gesticulando con energía y apostrofando con palabras poco escogidas al infeliz cuya pálida faz denunciaba su próximo fallecimiento. Habiendo André preguntado qué es lo que aquello significaba, contestáronle sencillamente que aquel hombre había robado y que permanecería colgado hasta tanto que declarara en dónde había ocultado la res sustraída.

La íntima relación que entre el caudillo y las cosas religiosas existe contribuye en América menos que en África y en Polinesia á realizarlas á los ojos de su pueblo. El jefe omaha «Pájaro negro» de que nos hablan James y Long que apoyaba su fama de hechicero y al propio tiempo su poder con fuertes dosis de arsénico no es una figura muy común; más bien hay que pensar que las creencias y las supersticiones que llenan por completo la vida de estos hombres iban aumentando á medida que se elevaba el nivel de la existencia y eran más fácilmente respetadas



Un dakota de la América del Norte (de una fotografía)

por el caudillo que por el vulgo. Los caudillos de los calos eran venerados como dioses con quienes consultaban personalmente, y los de los timucúas de Florida tenían una numerosa guardia de corps que impedía á la muchedumbre llegar hasta ellos y comían manjares distintos que el resto del pueblo. El espíritu americano gusta de considerar las monarquías de Méjico y del Perú, tan rápidamente destruídas, y sobre todo las civilizaciones del elevado país occidental como plantas exóticas trasplantadas en un suelo eminentemente democrático. De nada valen, sin embargo, las teorías frente de estos desenvolvimientos del sistema monárquico.

Cuando Soto penetró en la Florida, se encontró con pueblos despóticamente gobernados cuyos príncipes se pros-

ternaron ante él y le dieron como esclavos á centenares de sus súbditos; pero esto cesó apenas llegó al Mississipí en donde tuvo que luchar con pueblos más enérgicos y más libres que resueltamente se atravesaron en su camino. Un caudillo timucúa ejercía su soberanía sobre treinta caudillos secundarios desde la desembocadura del Saint John hasta el río Savannah y ostentaba el título de rey de sus caudillos mencionados. Más hacia el Oeste aumentaba el poder de estos caudillos secundarios al paso que disminuía el de los caudillos supremos. Los caudillos secundarios constituyen una especie de nobleza que procura conservar en la tribu una situación preponderante; ellos son los que proporcionan á la tribu sus caudillos y hablan un dialecto especial. Musters creyó que los pehuenches tenían una or-

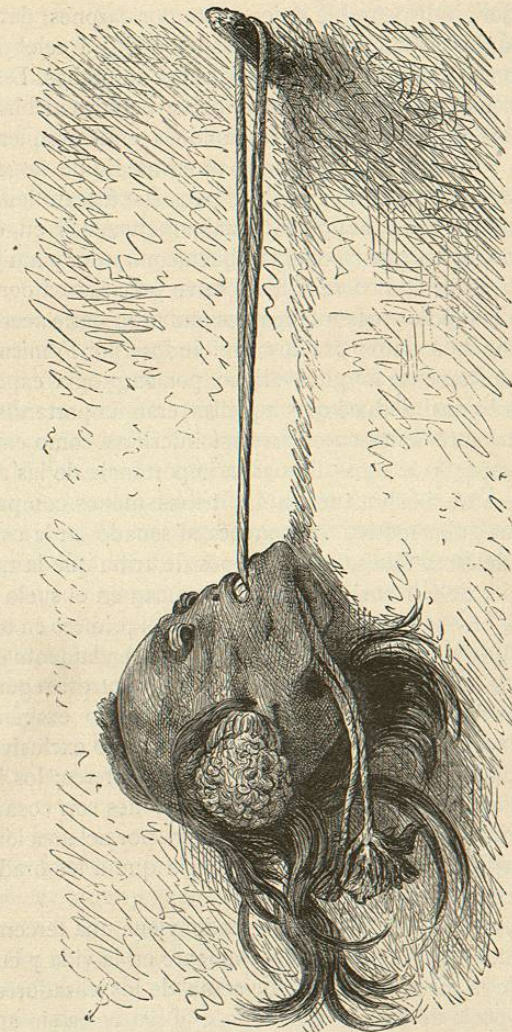
ganización más sutil gracias á los «sub-caiques» y en cambio los tehuelches produjeron en su ánimo la impresión de una igualdad democrática. En algunas tribus como la de los abipones, los guerreros distinguidos eran admitidos en esa casta; otras, como la de los guaykurus, tenían además de esta casta aristocrática una tribu especial de guerreros.

Entre los pueblos norteamericanos existe una división en dos mitades, una pacífica y otra guerrera, derivada en parte de la división del trabajo y en parte de la separación de castas: esta división nos recuerda la organización social de que acabamos de hablar. En virtud de esta división los clanes pacíficos no pueden por sí mismos dar muerte á ningún animal, de modo que se ven reducidos á una alimentación exclusivamente vegetal hasta tanto que se han puesto de acuerdo con los guerreros para cambiar carne por vegetales. En las ceremonias que preceden á toda expedición guerrera es regla general que la parte pacífica de la tribu no puede intervenir de una manera activa en las cuestiones militares de ésta sino que ha de estar representada en ellas por individuos de la parte guerrera. Cuando los osages, cuyo partido pacífico se denomina *tschisu* y *hanka* el guerrero, dan muerte á algún enemigo, la escalpa (cabellera arrancada) de éste es entregada al jefe de los hankas el cual la da al jefe de los tschisus diciéndole: «¡He aquí lo que ha sido causa de que me solicitaras!» Los tschisus llevan su pintura encarnada de guerra en el lado izquierdo de la cara y los hankas en el derecho, diferencia que también presentan sus respectivos caballos de combate. Estos mismos indios osages establecen, durante sus cacerías veraniegas de búfalos, sus tiendas ajustándose á un orden determinado según la serie de clanes ó gentes de que se compone la tribu, de los cuales siete ocupan el lado derecho del círculo trazado y otros tantos el izquierdo: los dos campamentos están separados por un camino común á ambos que viene á ser el diámetro de la circunferencia que forma el campamento total. A la izquierda se extienden las gentes tschisus que constituyen el elemento pacífico de la tribu y á la derecha las gentes hankas que son la expresión del elemento bélico. Hay que hacer constar que la división en clanes ó sea el sistema totem en nada queda quebrantado por estas divisiones políticas conservando siempre en la tribu su carácter de división social.

Esta organización especial se nos presenta como una ampliación de la situación privilegiada que ocupan en muchas tribus norteamericanas los gremios de guerreros y cazadores que á su vez se subdividen á menudo en secciones ó bandas. Entre las tribus del Missuri había hasta seis de éstas que abarcaban por edades á todos los hombres de la tribu y se diferenciaban entre sí por nombres de animales, signos exteriores, máscaras que reproducían bestias y otros distintivos que nos traen á la memoria el sistema totem. Cada banda tenía sus danzas y cantos especiales y á todas se les señalaba el puesto que habían de ocupar y el papel que debían representar en las danzas generales: de algunas bandas formaban también parte las mujeres. Estas instituciones contribuían á la circulación y nivelación del capital gracias á que cualquiera podía pasar de una banda inferior á otra superior mediante la entrega de algunos objetos valiosos. Podía asimismo darse el caso de que una de estas tribus pacíficas se disolviera, con lo cual se explicaba la existencia de las tribus wintunas de los tien-tien y de los hupas unidas por la exogamia que no ganaron escalpa alguna. Estas tribus practican ejercicios de tiro con arco y flecha, pero su arma principal en la caza es la honda.

Únicamente las tribus degeneradas y esparcidas ó aquellas que han aprendido ya á apoyarse en los europeos carecen en absoluto de caudillos; por esto hace algunos años que no los tienen los wujwas, quienes, además, no poseen aldeas sino que viven en grupos de dos ó tres chozas. En las reservaciones norteamericanas los caudillos han continuado en su mayor parte al frente de sus tribus en calidad de maestros, auxiliares de las misiones y agricultores ó ganaderos modelos.

El caudillo apenas se distingue de sus consejeros y guerreros por otra cosa que por las insignias naturales de la



Trofeo de los indios brasileños (Museo Etnográfico, Munich)

soberanía que son: robustez, estatura elevada y á ser posible también gordura; entre los sudamericanos gústales á los caudillos que les saluden diciéndoles: «tus gentes están gordas.» En las tribus guerreras de la América del Norte hacíanse notar especialmente por las plumas y otros adornos que se colocaban en los cabellos y que significaban luchas ganadas, enemigos muertos, etc., y por las insignias de la casta guerrera á que pertenecían, como por ejemplo entre los pies negros una porra de madera achatada de la que pendían algunos cascos de bisonte. Las coronas de plumas figuraban en el número de los adornos de guerra. En la América del Sud se llevaban, al parecer, aun antes de que los europeos introdujeran allí las varas honoríficas, algunos palos ó porras esculpidas en forma de cetros, cetros de plumas (entre los mundrukus) y destrales de mango corto (entre los cranes). Además se usaban con mucha frecuencia como adorno una roseta de plumas de colores

en la frente y una diadema de escamas de cocodrilo. Vasconcelos cita también como insignias de autoridad el dejarse crecer las uñas á modo de garras. Algunos petos en forma de media luna hechos con conchas de grandes mariscos ó con nefrita ó con otros materiales, á menudo tan delgados que al ser heridos producían un sonido delicado (planchas sonoras), se parecen por su forma á las insignias análogas de los polinesios.

El senado, al parecer, comprende á todos los soldados libres y mayores de edad de la tribu: Martius pretende haber visto en él á algunos adolescentes. Los norteamericanos encienden en el centro de la asamblea un fuego que se considera indispensable únicamente por razones del ceremonial; los sudamericanos son aficionados á celebrar sus reuniones al anochecer alumbrados por antorchas. Durante las discusiones se suele fumar y beber bebidas alcohólicas; entre los abipones las tales reuniones eran simplemente orgías y los acuerdos se tomaban en medio de la general embriaguez lo cual no era óbice para que fueran fielmente cumplidos. Estas asambleas estaban envueltas en cierto misterio, así es que Dodge, tan buen conocedor y amigo de cuanto á los indios se refiere, se ve precisado á confesar que ni los indios más inteligentes pudieron darle acerca de ellas muchos datos exactos, limitándose por lo mismo, á decir únicamente lo que averiguó por su propia experiencia, de lo cual deduce que aquéllas eran importantísimas en lo tocante á las cuestiones así interiores como exteriores. Respecto de estas últimas la importancia de las asambleas era un hecho aun en las tribus menos compactas. Con cualquier motivo se convoca al senado en la cabaña de las deliberaciones, en los grupos de tribu que la tienen y los que de él forman parte se acurrucan en el suelo ó se tienden en sus hamacas. El caudillo es el primero en tomar la palabra y los demás le suceden ordenadamente en el uso de la misma sin interrumpirse unos á otros: según parece, los famosos discursos floridos á menudo exagerados con relación á su importancia son privilegio exclusivo de los ancianos que ocupan los puestos delanteros; los jóvenes forman en segunda fila. Las votaciones son cosa desconocida pues los acuerdos se toman por aclamación, lo cual puede explicar la gran influencia que á los oradores se concede.

Después del caudillo y del senado viene una tercera organización que influye poderosamente en la vida y en los actos de la tribu: tal es la asociación de los cazadores de ésta, especie de gremio que conoce y sentencia sin apelación todos los asuntos de su ramo. Dodge ha calificado esta asociación, que en algunas tribus lleva nombres especiales (los cheyennes la denominan «de los guerreros del perro») de estómago de la tribu india cuya cabeza y corazón pudieran muy bien ser el caudillo y el senado. Del mismo modo que las exigencias del estómago son en el cuerpo humano más constantes que las del corazón y del cerebro, la influencia de aquella asociación es á menudo más poderosa que la del caudillo y del senado. Abarca esta asociación á los caudillos jóvenes, á los cazadores y guerreros y á todos los jóvenes que tomando parte en los ejercicios propios de la misma no han recibido aún la consagración de guerreros cumplidos; en suma comprende todas las fuerzas activas masculinas de la tribu encargadas de la alimentación y defensa de ésta. Estos agremiados son los que defienden la aldea y el campamento, señalan el lugar en que una y otra han de ser emplazados, colocan las guardias, buscan ó señalan los cazaderos y organizan las cacerías, considerando, además, como una de sus más importantes funciones la de respetar la caza cuando está

próxima á desaparecer de algún sitio. Los jefes de esta asociación son los cazadores más hábiles y famosos, resuelven sus cuestiones en asambleas especiales y castigan, principalmente con la pena de azotes según parece, la menor violación de sus mandatos. En los pueblos que, como el de los tinnes, viven casi exclusivamente de la caza, la preponderancia de los cazadores hace que el caudillo quede reducido al papel de ordenador de cacerías y viajes mercantiles: por lo menos en el citado pueblo la compañía de la bahía de Hudson es la que lo nombra. Entre los brasileños encontramos también cacerías que se prolongan durante algunos días bajo la dirección del caudillo. En otras tribus á éste corresponde determinar el período de caza.

Si prescindimos de los grandes países civilizados no encontraremos entre los americanos extensos Estados dominadores; á lo sumo se formaban algunas confederaciones temporales para organizar expediciones de guerra ó de rapiña; á veces también se unían algunas tribus débiles para resistir á otras más fuertes, como sucedió á principios de este siglo con los patuchos que se juntaron temporalmente para hacer frente á los botokudos. Los grandes grupos, como por ejemplo el de los tschinukes, sólo tenían Estados-aldeas, habiendo sorprendido la escasa influencia de sus caudillos á los antiguos observadores. Cierta que Cook observó entre ellos «una especie de caudillos supremos ó jefes denominados *akuihkes* á quienes estaban subordinados en cierto modo los demás,» pero opinó que la autoridad de cada uno de ellos no se extendía más que á su familia que le reconocía como á su miembro más ilustre. Se ha dicho también de los thlinkites principalmente que su comunidad era patriarcal y se conservaba gracias al acuerdo y á la estricta observancia de la tradición en determinadas formas, ejerciendo los caudillos escasa influencia sostenida por sus riquezas y algunas veces también por su superioridad corporal ó intelectual.

El fraccionamiento de estos pueblos en innumerables pueblecitos trae consigo un gran número de pequeñas hostilidades, dándose la particularidad de que las partes de un mismo pueblo, sobre todo cuando ocupa éste extensos territorios, son precisamente las que más encarnizadamente se combaten. Las muchas tribus de los tinnes, por ejemplo, estaban en lucha entre sí cuando á su país llegaron los europeos y tenían interceptados los caminos que á sus residencias conducían con puntiagudas estacas que ocultaban con una capa de tierra. El príncipe de Wied dice que las tribus de los botokudos, que nada tenían de fuertes, sostenían todas juntas contra sus vecinos una guerra tan exterminadora que algunos de éstos como los malalis y los maronis hubieron de ponerse, para no quedar totalmente destruídos, bajo la protección de los sacerdotes y funcionarios cristianos. Estos antagonismos son un obstáculo poderoso al tráfico en los ríos de Guayana, puesto que cada tribu impide á las demás que atraviese su territorio ora remontando ora descendiendo las corrientes: los yukas no permiten á los indios tríos bajar por el Tabanahoni, los poligudus cierran el curso del Maroni á los bonis y éstos á su vez no dejan que las lanchas de los yukas y de los poligudus remonten el Aua ni que desciendan por esta corriente las de los rukujennes, emerillones y oyaculetes.

Este estado de lucha continua se manifiesta también en las leyendas de los indios. Brown oyó hablar entre los tarumas del alto Essequibo de una tribu que dormía en lanchas en estanques cerrados por una valla y los uyanas advirtieron á Crevaux que no se aventurara á avanzar hasta el territorio de los sanguinarios tríos los cuales pasaban las noches en los ríos. El miedo á los enemigos tanto como el

que les inspiran las fieras es causa de que pueblos indios enteros vivan más en el agua metidos en sus canoas que en tierra encerrados en sus casas. Actualmente todavía una de las grandes dificultades para el tráfico por el bajo Amazonas es el hecho de que los indios en cuanto divisan á un extranjero corren á esconderse en sus *sitios*, parajes ocultos de la selva, ó ponen por lo menos á salvo en ellos todos sus víveres.

Las guerras con todo y ser tan frecuentes son muy bien preparadas, preparación que la organización interna de estas tribus favorece pues las más grandes y fuertes de entre ellas poseen su casta de guerreros. Antes de emprender una guerra se envían exploradores, los cuales desempeñan su cometido con aquella inteligencia y astucia que hacen de los norteamericanos verdaderos maestros en el arte de la pequeña guerra. A su regreso, celébrase un consejo y allí entre libaciones y saboreando el humo del tabaco se discute sobre la guerra que se emprende desde luego si las probabilidades de éxito son favorables. «Cuando no tienen, por decirlo así, la victoria en sus manos, no empuñan las armas» dice Dobrizhoffer. La declaración de guerra, cuando con ella se tiende á algo más que á una expedición de rapiña, se notifica por medio de símbolos ó de mensajeros; los símbolos con más frecuencia usados consisten en arrojar flechas ó lanzas al territorio enemigo ó en clavarlas en tierra en las fronteras del mismo. Cuando Martius llegó al país de los juris procedente del de los miranhas, el caudillo de aquéllos le tranquilizó acerca de los rumores de guerra que circulaban diciéndole que los últimos habían arrancado la lanza que antes clavaron en tierra. Para convocar á guerra hácese ciertas señales con trompetas (véase el grabado de la pág. 65) ó con tambores, con las cuales por medio de cierta combinación de tonos se expresan, á veces, series enteras de ideas. Ya hemos hablado de una de estas «telegrafías de tambores» que usan los jibaros. En la América del Sud y en la del Norte, especialmente entre los mundrukus y los irokesees, los guerreros se pasan uno á otro un palo y todo caudillo secundario que hace en él una muesca indica con esto que se obliga á aportar su contingente al ejército. Entre los norteamericanos es costumbre simbólica desenterrar la destal de guerra adornada con jeroglíficos conmemorativos y pasearla bailando: esta destal puede ser considerada como estandarte guerrero y al propio tiempo como insignia del caudillo guerrero, al igual que la *tamarana* (destal de corte mango) de los brasileños y que el *butu* de los caribes. En las marchas los exploradores no se dan punto de reposo; los campamentos son emplazados en lugares resguardados y custodiados por avanzadas y en ellos están debidamente separadas las estirpes de que antes hemos hablado, según sea la organización de cada pueblo. Cuando se trata de grandes campañas en las que ha de tomar parte todo el pueblo guerrero y que en la América del Norte sólo se realizan durante el verano, antes de emprender la marcha se dedican varios días á las danzas y á las ceremonias, siendo ejecutadas las danzas de los días primero y tercero por los hankas y las de los días segundo y cuarto por los tschisus. Los hechiceros son indispensables así en los preparativos como en las expediciones. Al cuarto día, se da el primer paso en la senda de la guerra en medio de varias ceremonias poniéndose en marcha los guerreros formados en dos columnas. Los osages de la América del Norte tienen una especie de campaña especial llamada del saco sagrado en la que toman parte pocos individuos: el promovedor de esta expedición es siempre un hombre afligido por alguna desgracia que empieza por untarse la cara con tie-

rra, hecho lo cual se encamina á la aldea y escoge á uno de sus primeros criados que construye cerca de ésta una pequeña choza á donde aquél se retira viviendo en ella apartado de las mujeres. Pasado algún tiempo envía á su criado en busca de dos hombres, uno del partido hanka y otro del tschisu, que sean abanderados en la expedición y una vez los ha encontrado se pone en camino para invitar á los guerreros. Todo el que quiera puede tomar parte en esta campaña, dándose en seguida comienzo á la guerra. Si se logra dar muerte á un enemigo, el honor de haberle matado corresponde al afligido, sea ó no su matador, y á él pertenece la escalpa, emprendiéndose entonces á toda prisa el regreso. Pero antes de que los guerreros lleguen á sus hogares han de disparar cuatro veces sobre los trofeos y la escalpa atados á un poste. En otros puntos los pequeños conflictos entre parentelas de una misma tribu se resuelven por medio de combates con palos y perchas, sin que pueda hacerse uso de otra clase de armas.

Los prisioneros de guerra que no quedaban reducidos á la condición de esclavos eran sacrificados á la venganza ó á cualquier otra superstición: para estos sacrificios los indios liebres norteamericanos empleaban con sus prisioneros los mismos procedimientos que los mejicanos tendiéndoles al suelo, clavándoles un palo puntiagudo en el ombligo, abriéndoles el pecho con un cuchillo de pedernal y arrancándoles el corazón que se entregaba á las mujeres y era por éstas devorado. Para demostrar sumisión se arroja el vencido delante del vencedor, el cual pone el pie sobre la cabeza de aquél: así lo vió Martius entre los juris. En algunos casos, sin embargo, las condiciones de paz son más benignas: Charlevoix refiere que en un tratado de paz ajustado por los utagamis, éstos prometieron á los que hasta entonces habían sido sus enemigos entregarles de los esclavos que juntos robaran un número igual al de los guerreros que les habían matado. Cuando una tribu india ha sojuzgado á otra se dice en la jerga política de esos pueblos que le ha puesto las enaguas. A estos pueblos sojuzgados se les califica de mujeres y especialmente de viejas y les está prohibido, á lo que parece, disponer de su territorio. La condición baja de estas tribus sometidas se traduce por un tributo consistente en armas primorosamente labradas, en particular arcos y flechas, iguales á las que los brasileños enviaron á los portugueses. La pipa de paz es considerada no sólo como el sello que á ésta se pone sino también como símbolo de sumisión. En la tradición de los omahas encontramos repetido muchas veces un pasaje en que se dice: el enemigo habría sido aniquilado si no hubiese entregado ó enseñado la pipa de paz.

Las guerras abarcaban á menudo extensos territorios y al devastarlos contribuían poco ó mucho á remover á los pueblos estableciendo entre éstos contactos que más tarde podían resultar útiles. Carlos Rau, en su gran trabajo sobre el comercio de los indios norteamericanos, califica con mucha razón las expediciones guerreras de éstos de factor en la propagación de utensilios, etc., por el país. Los irokesees de Nueva York llevaban sus guerras hasta el Mississippi y los mandanes luchaban entre Pembina y los montes Roquizes. Durante la permanencia de La Salle (1680) entre los illinois, fueron éstos atacados por 600 guerreros senecas y á Carver le contaron los winnebagos que por espacio de muchos meses llevaron sin cesar sus expediciones á Nuevo Méjico. Los cambios de residencia por causa de guerra estaban á la orden del día: en pocas generaciones, los omahas emigraron, ó por mejor decir fueron arrojados desde el actual San Luis á Bellevue (Nebraska), á las canteras de las Pipas, á la reservación de Ponca, á Ponca, al